

Ecos ancestrales

Albalat

Ahora, con la meta cerca, ya muy cansada en mi carrera por estos senderos, recuerdo mi canción, madre, la que fuiste a buscar a la selva cuando sentiste que yo palpitaba en tus entrañas. Como era la costumbre en nuestra aldea africana, al sentirme en tu interior, te adentraste en la selva para escuchar, entre el rumor de sus brisas, mi canción, que atrapaste en el aire y te la aprendiste, para cantármela cuando yo naciera. Luego también me la cantaste en cada celebración, en cada ritual. También la escuché, para que sintiera su hálito de vida y siguiera nadando, antes de perder tu voz y tu mirada bajo las olas encrespadas, cuando se hundió la barca que nos traía a este país, donde al final llegué, y me hice corredora de cross y maratones.

Y ahora, para aliviar el cansancio de la carrera, la canto otra vez, madre, mi canción, la que encontraste en la selva, y siento que las piernas levantan el vuelo, como alas, mientras escucho en estos senderos de Atapuerca otros sonidos pretéritos, que han ayudado a traspasar metas, y a seguir adelante, con un impulso que brota desde ecos ancestrales.